

miten subrayar esto. El primero de ellos lo firma Patrick Thomas McMahon, del Institutum Carmelitanum de Roma; bajo el título *Passing of the tradition* reflexiona sobre los retos planteados por la difusión de la orden en otras culturas, singularmente Asia y África y sobre los elementos de identidad de una «cultura carmelita» y sus símbolos en este trasvase actual de tradición. El segundo, de Merry Teresa Sri Rejeki, *Coincidencia de las espiritualidades budista y sanjuanista*, hace un contraste entre ambas —de las que se exponen los aspectos doctrinales fundamentales—, para mostrar sus puntos de contacto.

Terminamos este recorrido con la primera y con la última de las aportaciones, que sirven como pórtico y colofón de toda la obra. El carmelita Eduardo Andrés Agosta Scarel, doctor en Física aplicada e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, de la Universidad de Buenos Aires y de la Pontificia Universidad Católica de Buenos Aires, abre este volumen con un ensayo titulado *Metáforas entre la ciencia y la religión*, en el que trata de las aperturas a la trascendencia desde el estudio del mundo físico; partiendo de que la ciencia habla con metáforas, se detiene sobre todo en la «metáfora del caos». Es el único estudio que se escapa al ámbito de la historia, las letras o la espiritualidad, pero que nos revela la presencia de la orden en campos de gran interés para el mundo actual. La obra se cierra —antes de la bibliografía de los homenajeados— con la aportación de otro carmelita, Salvador Villota Herrero: «*Caminar hacia lo alto*» en *unión con María. Una reflexión sobre el aspecto mariano carmelita desde su trasfondo bíblico*; María como «maestra del espíritu», como referencia de oración, discipulado, maternidad, relación con Jesús, es acompañante y ejemplar del camino hacia lo alto que ha de transformar al carmelita en un «maestro del espíritu».

De este modo se cierra el homenaje a dos carmelitas, historiadores incansables de la orden, que son para muchos —dentro y más allá del ámbito carmelitano, como bien prueba este volumen—, «maestros del espíritu».—MARÍA J. FERNÁNDEZ CORDERO.

PLAZAOLA, JUAN, S.J. (Ed.), *Jesuitas exploradores, pioneros y geógrafos* (Ediciones Mensajero / Universidad de Deusto, Bilbao 2006), 243p., ISBN: 84-271-2743-X

Con desigual suerte, estructura y contenido son presentados en este volumen diez jesuitas, todos ellos eminentes en ciencia y arrojo, audacia y creatividad. Todos pueden ser calificados como grandes misioneros y, en consecuencia, arrojados exploradores y geógrafos descubridores. Diez, entre cientos, han tenido la suerte de ser los elegidos; diez, igualmente, son las colaboraciones y diez los colaboradores, aunque en el caso del francés Hughes Didier y el padre Echaniz, repiten.

Excelentes por su profundidad, complejidad y síntesis son las presentaciones de los portugueses Bento de Gois (1562-1607) y Antonio de Andrade (1580-1634), escritas por Didier. Las páginas que dedica al primero van mucho más allá de una mera biografía, nos ofrece la actualización del diálogo islámico-cristiano, liderado por los misioneros jesuitas destinados a la India y en el que tan ferviente como osadamente creían tal como se refleja en las conversaciones que el emperador Akbar (1542-1605)

tuvo con los jesuitas Antonio Montserrat (1536-1600), Francisco Enríques y Rodolfo Acquaviva (1550-1583). Antonio de Andrade (1580-1634) es presentado como el descubridor del Tibet y el autor de un memorable relato de su viaje, editado en Lisboa en 1626 y traducido, inmediatamente después, a todas las lenguas europeas.

Junto a estos dos grandes misioneros y por lo tanto peregrinos y viajeros son presentados los itinerarios de San Francisco Javier, del tridentino Martín Martino (1614-1661), autor, entre otras obras, de *De bello Tartarico* (1654), *Sinicae historiae decas prima* (1658) y sobre todo de su conocido y muy utilizado *Novus Atlas Sinensis* (1655); del madrileño, Pedro Páez (1564-1622), misionero en la India y sobre todo en Etiopía, y descubridor de la Catarata del Nilo Azul; del italiano Eusebio Francisco Chini (1645-1711), el hombre de la frontera y el descubridor de nuevas tierras y regiones en la actual California; del padre Jacques Marquette (1637-1675), misionero francés entre los hurones, descubridor y navegante del Mississippi; del alemán Samuel Friz (1651-1725), un culto alemán, explorador de la Amazonia y de los misioneros de las Montañas Rocosas y de la Orinoquia, padres de Smet José Gumilla (1686-1750).—ALFREDO VERDOY, S.J.

RAZANTO, GABRIELE, *El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939* (traducción de Fernando Borrajo. Siglo XXI, Madrid 2006), 690p., ISBN: 84-323-12458-7

El autor, profesor de Historia contemporánea en la Universidad de Pisa y conocido entre los hispanistas italianos de la actualidad, nos ofrece en esta obra una más que lograda síntesis de la II República y de la Guerra Civil españolas.

Con un cierto lamento concluye el autor que «aquella democracia había sido víctima de su fragilidad interna» (658). Demostrar con todo tipo de argumentos y de fuentes la fragilidad de la democracia de la española republicana, creo que fue el intento y el objetivo final de este libro. En nuestra opinión, su autor lo ha conseguido.

Una suma insoportable de factores exteriores e interiores hicieron que la joven y tierna democracia española fuese incapaz de crecer sin tutores de dentro y de fuera y de caminar por sí misma. Los frenos y contrafrenos que políticos profesionales y partidos con sesgo totalitario y vengativo echaron a la incipiente revolución española se unieron a una mentalidad y práctica política que defendió, en parte porque le obligaron, sus privilegios y prerrogativas con tal fuerza y pasión, que, finalmente, hicieron posible, gracias a la fragilidad de la nueva democracia española, el enfrentamiento civil y militar entre españoles.

Si hasta el comienzo de la guerra la dependencia de los distintos partidos y grupos de poder de las fuerzas europeas había sido más ideológica que real, una vez iniciado el Alzamiento Nacional, unos y otros se echaron en las manos de sus aliados para al cabo de tres años de desolación, miedo, lágrimas, destrucción y muerte, acabar imponiendo un régimen de marcado sesgo dictatorial, que enterraría durante cuarenta años la frágil democracia contra la que unos, en nombre del honor español, de la tradición y hasta de Dios, luchaban y otros, en aras de un mundo venido de la fría y lejana Rusia, resistían.